

El programa mínimo de la C. N. T.

Las Colectivizaciones

La tragedia de la Revolución Española, consiste en tener el frente de sus destinos espíritus antirrevolucionarios, que no conocen, ni aún en sus menores detalles, la trayectoria de la Revolución Española. Es una revolución que se está salvando gracias al instinto del pueblo que ha de tropezar con innumerables y constantes obstáculos, que los elementos directivos oponen a diario a la marcha de la Revolución. No se ha dado el caso en ningún movimiento revolucionario del mundo, que al producirse un cambio de régimen, sigan gobernando los mismos hombres que produjeron la catástrofe anterior.

Por ejemplo, cayó la monarquía y a la República del 14 de abril la gobernaron el espíritu y los hombres del fenecido régimen. No se pudo encauzar entonces la Revolución y el régimen republicano se convirtió en instrumento represivo contra las ansias populares.

Se hundió la República burguesa, y a la República del 19 de Julio la siguen gobernando los políticos republicano-monárquicos que produjeron la catástrofe del régimen popular. No es extraño, pues, que en plena revolución social, nos encontremos una serie de inesperados obstáculos que demuestran la necesidad imperiosa de seguir luchando para ver si es posible conseguir que de una vez se implanten en España los postulados de la revolución que llevan en su alma y en su cerebro los trabajadores ibéricos.

El caso de las colectivizaciones demuestra de qué forma los que por sí y ante sí se han erigido gobernantes de la Revolución se oponen a todo lo que sea orientación transformador.

El miedo a la Revolución proletaria

Resulta en extremo curioso observar cómo en España, el comunismo rusófilo se opone a todo lo que signifique colectivización. Hasta la palabra ha llegado a representar para los políticos republicanos y especialmente comunistas de Moscú, algo terrorífico que les llena de vacilaciones y de pueriles temores. Como se nutren de tópicos, la palabra «pequeña burguesía» se les ha fijado en la mente como una obsesión. Sus aspiraciones transformadoras, no pasan del programa del Frente Popular. Recuerde el lector que el documento que sirvió para aglutinar las fuerzas republicanas y sociales de tipo político, lo redactó el jurisconsulto amerengado Sánchez Román, y que su contenido insípido e insustancial, en el que no se atisba ni una sola idea ni solución a los problemas candentes de la vida nacional, iba encaminado a no producir recelo alguno a la burguesía, cuyos votos necesitaba el Frente Popular para triunfar. Tenemos a la vista, cuanto redactamos estas cuartillas, los juicios y vaticinios que por entonces hicieron los más destacados hombres de izquierda, que ni

por mucho esperaban el clamoroso triunfo electoral. El pueblo no votó el Frente Popular, ni mucho menos su programa; sino la Revolución social con todas sus consecuencias. Lo prueba así, que, tras el plebiscito del 16 de febrero de 1936, la Revolución electoral se hizo carne y espíritu en las masas, iniciándose la Revolución contra la cual a ciencia y paciencia de los gobernantes republicanos, se organizó el golpe militar del 19 de julio, al que ha de seguir la guerra civil revolucionaria de proporciones inmensas que estamos viviendo en estas horas históricas en la Península Ibérica y que ha llegado a constituir la máxima preocupación de todos los países del mundo entero.

El programa del Frente Popular, obra de Sánchez Román

Nos interesa hacer un poco de historia alrededor del programa del Frente Popular, para que todos aquellos elementos que se inspiren en las páginas de nuestro boletín, hagan memoria del pasado deduciendo útiles consecuencias para discutir en el momento presente frente a los que, como si aquí no hubiese ocurrido nada, con una tranquilidad rayana en la incoscienza, siguen afirmando la necesidad de regir los destinos de una Revolución de la envergadura de la que estamos viviendo, con programa tan pobre y mezquino como el confeccionado por Sánchez Román, alcaloide de la vieja burguesía para servir de bandera electoral al Frente Popular.

También nos interesa recordar, el caso pintoresco que se dió entonces: el autor al enterarse de que habían ingresado en las filas del Frente Popular los comunistas rusófilos, se negó a firmarlo. Por esta causa, el grupo Sánchez Román no presentó candidatura en las últimas elecciones, apartándose de la unidad republicana. Resulta además de curioso, pintoresco, ver ahora en los momentos álgidos de la Revolución proletaria, a los comunistas rusificados, defender desde el gobierno, y desde la prensa, con un entusiasmo en el que difícilmente podría aventajarle la vieja y decadente burguesía, el programa de Sánchez Román.

La colectivización de la tierra y la municipalización de la vivienda, dos grandes concepciones de la C. N. T., son torpedeados por todos los medios.

El principal argumento que esgrime el comunismo rusófilo, es el de que esas soluciones no fueron incluidas por Sánchez Román en el programa del Frente Popular. Aceptamos el argumento; por eso, instintivamente, la prensa confederal pide la formación de un bloque gobernante antifascista. La idea de sustituir al Frente Popular, por el Frente Antifascista, ha sido aceptada de manera rotunda por todos los sectores antifascistas. Los únicos que todavía ponen algún reparo, son los comunistas, que prefieren las soluciones de tipo Sánchez Román. Para dar

un contenido que haga eficaz la política de guerra a desarrollar por un gobierno de frente antifascista, la C. N. T. ha confeccionado el programa mínimo que veníamos comentando y que tan halagüeñamente ha sido acogido por la prensa y por la opinión pública.

La colectivización es combatida por sus adversarios por la sola razón, como ya hemos dicho, de que no está incluida como solución a los problemas naturales en el programa Frente Popular-Sánchez Román. Es el único argumento que se esgrime. Nosotros no tenemos por qué tenerlo en cuenta, porque entendemos que todas esas soluciones pertenecen a un pasado remoto.

Soluciones preconizadas por la C. N. T.

La colectivización amplia, ilimitada, abre a la economía agraria de la Revolución tan amplios horizontes que puede asegurarse que es a solución preconizada y defendida por la C. N. T., será la base futura de la transformación del campo español. Es curioso ver cómo en España combaten las colectivizaciones los comunistas, que en Rusia las han defendido durante tantos años frente a los egoísmos y mezquindades de la retrograda mentalidad campesina rusa. Los comunistas se escudan en la castiza frase española aplicada a los predicadores de la iglesia: «Haz lo que yo digo pero no lo que yo hago».

Por medio de la colectivización, la equidad en la distribución es absoluta. Los medios de explotación se multiplican de tal manera que con el mínimo esfuerzo, se puede conseguir el máximo rendimiento en la producción. Centralizado el transporte humano de la comunidad, se abaratará la mercancía consiguiendo baratura de precio para el consumidor, y máximo rendimiento para la colectividad que es la aglutinante de todos los esfuerzos individuales, como demostración del viejo proverbio de que la unión hace la fuerza, y además aumenta la riqueza de la colectividad y de cada uno de sus componentes.

El minifundio llevado en España a los límites más inverosímiles, como sucede en Galicia, no produce más que la miseria del campesino. Nosotros hemos defendido el respeto a la pequeña propiedad porque estamos seguros que ésta desaparecerá por propia iniciativa de los interesados, cuando vean que tienen que trabajar más y ganar menos, y que la competencia de sus productos con los que elaborará la colectividad será totalmente imposible. No era necesario, de momento, violentar ningún interés, ya que estamos seguros que nuestra iniciativa se impondrá por su bondad y que el pequeño propietario irá poco a poco desapareciendo por voluntad propia, resolviéndose este problema sin imposiciones frente a las cuales nos oponemos en todo momento, respondiendo a nuestra ideología libertaria.

Hacia una nueva España

La Colectividad crea las condiciones y el ambiente de solidaridad necesario para una profunda transformación de la sociedad en el terreno económico y espiritual. El aislamiento en que se mantienen los ciudadanos en la pequeña propiedad, se convierte en la convivencia el respeto mutuo y apoyo en todos los órdenes de la vida entre los trabajadores. Podemos señalar determinadas colectividades en marcha y en pleno éxito, donde el trabajo abarca desde el cultivo hasta la obtención del producto manufacturado resolviendo una serie de problemas que la economía burguesa se mostraba impotente para solucionar. Enormes extensiones de tierras desérticas se están convirtiendo en verdaderos jardines. Se construyen obras de irrigación de una importancia y de una utilidad formidables. La vida, el progreso, el bienestar entra en unas zonas antes muertas, y los pueblos miserables, depauperados que vivían como bestias y no como seres, reviven y salen a la vida de la civilización. En otros la riqueza minera se pone en explotación ante el asombro de los mismos técnicos, que ni siquiera sospechaban la existen-

cia de carbón o de minerales en aquellos parajes, instalaciones eléctricas, bombas de agua, todo fué instalado con rapidez y alegría por los trabajadores en cuyas manos nobles y generosas, se pone hoy la riqueza del suelo y del subsuelo ibérico.

La C. N. T. y la Revolución Ibérica

A una España así, que renace, que aspira a transformar de arriba a abajo la riqueza nacional que es bienestar, cultura, alegría, potencia económica y militar del pueblo revolucionario, que aspira con su genio a influir los destinos de la humanidad, el comunismo interpretado por Uribe y defendido por políticos supervivientes del naufragio de un pasado lamentable, intentan oponerse y obstaculizar el momento grandioso que hoy vive.

La C. N. T. por el contrario, interpretando la ideología y las aspiraciones de las masas españolas irá como hasta aquí, haciéndose intérprete de la Revolución Ibérica cuyos destinos es necesario asegurar, cueste lo que cueste. Para conseguir esa finalidad, el sacrificio y el dolor se convierte en nosotros en acicate y en alegría para llegar hasta la meta de la Revolución Española.

No pretendemos, en estas horas de sacrificio y de tragedia, erigirnos en «los más y los mejores».

No seremos nosotros, tampoco, cuando no debe haber más que una sola consigna: «Ganar la guerra y hacer la Revolución», los que malgastemos el tiempo «fabricando» consignas a granel.

No caeremos en el error—tremendo error que puede acarrearos la ruína—de fomentar el proselitismo desenfrenado y suicida.

Cuanto tenía que decir y hacer, lo dijo y lo dice, y lo hizo y lo hace nuestra gloriosa Confederación, desde antes de las jornadas revolucionarias de Julio del 36.

Todo ello rubricado con la sangre generosa de sus hombres caídos en la lucha y ratificado por los cientos de millares de los que se batían en los frentes por salvaguardar la Libertad.

Y téngase bien en cuenta, que el anarcosindicalismo lo integran hombres libres, defensores irreductibles del verdadero Derecho y de la verdadera Justicia, dispuestos, cueste lo que cueste, a impedir por todos los medios que en España retoñe la mala hierba de cualquier dictadura o tiranía.

Nos consideramos forjadores de un mundo nuevo, carente de explotadores y tiranos, donde el trabajo como base del mismo obtenga su verdadero valor. Mundo de trabajadores, donde los políticos y los que no producen no tendrán apoyo ni cabida.